



## Capítulo 604: Momento perfecto

La sala estaba repleta de presencias colosales, cada una de las cuales emanaba un aura única —algunas vibrantes, otras tan silenciosas que el aire parecía doblarse a su alrededor. Erebus, iluminado por antorchas negras y lámparas etéreas suspendidas por cadenas doradas, vibraba con una armonía inquietante: la calma ante el caos inevitable.

Virgilio caminaba entre las mesas y columnas con el andar relajado de alguien que parecía completamente ajeno al peso de las miradas divinas sobre él. Ada la siguió de cerca, visiblemente más cautelosa, observando las figuras que destacaban en la sala.

"Bueno... parece que aquí todo el mundo se toma esto muy en serio", comentó Vergil con una media sonrisa, sus ojos recorriendo la habitación.



"Quizás porque es serio", respondió Ada cruzando los brazos. "No estás en una taberna, sino en un salón lleno de dioses y campeones elegidos. Así que, tal vez, sólo tal vez, no provoques a nadie hoy."

Vergil la miró de reojo y su sonrisa se ensanchó. "¿Yo? ¿Provocar? Me estás confundiendo con otra persona."

"Tú eres esa persona", replicó Ada sin dudarlo.

Se rió suavemente, sin negar ni confirmar. Sus ojos, sin embargo, eran agudos y absorbían cada detalle —las armas, los gestos, las posturas. Allí se jugaba un juego silencioso, entre poderes e intenciones.

A su izquierda, dos gigantes intercambiaron palabras en un idioma antiguo, con sus cuerpos cubiertos de armaduras hechas de huesos de dragón. A la



derecha, un par de ángeles caídos discutieron sobre quién tendría el honor de representar a la Orden Celestial.

Más adelante, los dioses hindúes intercambiaron saludos con samuráis espirituales, e incluso un par de entidades nórdicas —una mujer alta con trenzas doradas y un guerrero tuerto— hablaron en tonos bajos, observando el entorno con gélida paciencia.

Ada suspiró. "Veo guerreros, veo armas, veo egos... pero no veo nada destacable." Vergil estaba a punto de responder cuando de repente se detuvo. La sonrisa desapareció y fue reemplazada por un ligero ceño fruncido.

"Espera un minuto..." murmuró.

Ella lo miró confundida. "¿Qué es?"

"Dos presencias," respondió, girando lentamente la cara, como si sintiera el peso de un déjà vu. "Muy familiar."

Ada siguió su mirada. En medio de la multitud destacaban dos figuras —no por su tamaño, sino por su energía. Uno era pura calma, como la superficie de un lago en una noche sin viento; el otro, un torbellino a punto de desatarse.

Antes de que pudiera preguntar quiénes eran, una voz firme y serena resonó detrás de ellos.

"Ha pasado mucho tiempo, ¿no es así, Virgilio?"

El hombre que se acercaba era joven, pero el poder que emanaba de él no dejaba ninguna duda de que no era humano. Llevaba una túnica blanca con



ribetes dorados y el pelo castaño claro recogido en un moño bajo. A sus espaldas, un largo bastón, envuelto en cintas azules, brillaba discretamente a la luz del pasillo.

Virgilio se giró y una sonrisa genuina floreció en su rostro. "Wu Tian."

El nombre tenía peso.

Ada parpadeó, sorprendida. "¿Wu Tian? ¿El discípulo del Rey Mono?"

"En carne, hueso e iluminación parcial", respondió Wu Tian, sonriendo levemente.

Vergil se rió suavemente. "La última vez que nos vimos, casi te maté."

"Casi", corrigió Wu Tian, cortés pero firmemente. "Fue un empate, si recuerdas."

"Un empate, ¿eh?" Virgilio cruzó los brazos y la sonrisa desafiante regresó. "¿Aún crees que el personal de juguetes me detendría?"

Wu Tian inclinó la cabeza, un brillo tranquilo en sus ojos. "En aquel entonces, tal vez no. Pero hoy..." — alcanzó la empuñadura del bastón — "mi dominio es diferente. Wukong me entrenó más allá de la mera fuerza. Ahora, el personal y yo somos uno." "Interesante", dijo Vergil, con un ligero toque de provocación. "Así que todavía estás intentando ser él."

Ada le lanzó una mirada de advertencia. "Virgilio..."



Wu Tian, sin embargo, simplemente sonrió. "No. Estoy tratando de ser yo mismo. El personal es sólo el medio."

Hubo un breve silencio, sólo interrumpido por el murmullo distante de las conversaciones y el gruñido apagado de Cerbero, encadenado en cadenas doradas cerca de la entrada.

Virgilio lo observó por un momento y luego relajó su cuerpo, sonriendo nuevamente. "Me alegra ver que has crecido. Realmente. Pero si vas a pelear conmigo en este torneo, te recomiendo que no te hagas muchas ilusiones."

Wu Tian levantó una ceja. "¿Esperanzas?"

"Sí," respondió Virgilio. "Hasta ahora, aparte de los hijos de Shiva, no he encontrado a nadie que realmente me haga querer luchar con todo lo que tengo."

La respuesta cayó como una espada en el aire—tranquila, pero afilada.

Wu Tian soltó una breve risa. "Hablas como alguien cansado de ganar."

"Tal vez lo sea," dijo Vergil, mirando a su alrededor. "O tal vez estoy esperando algo que valga la pena el esfuerzo."

Wu Tian asintió lentamente, entendiendo más de lo que dejó ver. "Entonces espero darte esa razón cuando llegue el momento."

Ada los observó, dividida entre la tensión y el respeto mutuo. Había algo en ese intercambio—una conexión entre guerreros que se habían puesto a prueba unos a otros hasta el límite.



Vergil dio un paso adelante y extendió la mano. Wu Tian lo miró por un segundo y luego lo sacudió firmemente.

"¿No hay resentimientos de la última vez?" -preguntó Virgilio.

"De ningún modo", respondió el monje sonriendo. "Pero la próxima vez no esperes un empate."

"Eso es lo que espero oír."

Se liberaron y por un momento la sala pareció respirar con ellos.

Wu Tian se alejó, caminando hacia un grupo de deidades orientales, saludándolas con la calma de un discípulo que conoce su lugar. Virgilio lo siguió con la mirada y una ligera sonrisa en su rostro.



"Te gustó," dijo Ada, casi como una declaración de hecho.

"Tiene alma de guerrero", respondió Virgilio. "Él no lucha por la gloria ni por el odio. Él lucha porque necesita entender algo que ni siquiera él sabe qué es."

Ada lo miró de lado. "¿Y tú?"

"¿Yo?" Virgilio sonrió. "Peleo porque lo disfruto."

Ella suspiró. "Por supuesto que sí."



Mientras hablaban, el entorno circundante cambió sutilmente. Las luces parpadeaban, el aire parecía volverse pesado. Conversaciones previamente dispersas fueron silenciadas gradualmente. Las vibraciones de Erebo reaccionaron a algo —quizás al acercamiento de presencias más divinas, o al mero recuerdo de lo que estaba por venir.

Desde la distancia, Virgilio notó que se acercaban dos figuras—figuras que aún no reconocía, pero que exudaban poder. Uno llevaba una espada cuya hoja parecía hecha de cristal líquido puro; el otro llevaba una armadura viviente que respiraba con su cuerpo.

Ada siguió su mirada, e incluso sin entender lo que sentía, sabía que esas dos presencias no eran ordinarias. Había algo... diferente. Como si el aire se hubiera vuelto eléctrico sólo por su presencia.

"¿Van a competir también?" ella preguntó.

"Probablemente", respondió Virgilio con los ojos fijos. "Pero no son de aquí. Ninguno de ellos pertenece a este avión."

"¿Lo sientes?"

"Lo siento todo," murmuró, un brillo frío en sus ojos. "Y algo me dice que la diversión está a punto de comenzar."

Ada estaba a punto de responder, pero un sonido lejano atravesó el aire—el eco de las trompetas celestiales provenientes de las puertas superiores, diferentes a las anteriores. Estaba llegando un nuevo grupo de entidades y los murmullos se extendieron como la pólvora.



Virgilio sonrió irónicamente. "Más invitados. Espero que traigan algo interesante."

"Hablas como si estuvieras a punto de ir a cazar", dijo Ada, levantando una ceja.

"Tal vez lo sea," respondió, mirando el Hades' trono a lo lejos. "Pero por ahora es sólo observación. Aún no he decidido quién merece mi atención."

Ella negó con la cabeza, pero lo conocía demasiado bien como para creerlo. Vergil siempre estaba analizando, siempre trazando rutas invisibles, probando presencias y fuerzas a su alrededor.

La sala volvió a llenarse de voces, pero la energía allí había cambiado. Era como si cada respiración, cada mirada, llevara ahora un pequeño fragmento de expectativa—todos sabían que este torneo no sería como los anteriores. Algo se movía detrás de escena del cosmos.

Vergil metió las manos en los bolsillos y miró por última vez a Wu Tian, que ahora estaba hablando con un grupo de monjes celestiales. Luego miró a Ada y la sonrisa regresó.

"Vamos, amor. Antes de que comience la verdadera fiesta."

"¿A dónde?" Ella preguntó, sospechosamente.

"Dondequieras que parezca peligroso," respondió suavemente. "Esos lugares siempre ocultan lo que realmente importa en las sombras."



Ella lo siguió, de mala gana, pero sin decir nada más. El sonido de sus pasos resonó en las piedras negras mientras, sobre ellas, se encendían antorchas azuladas -como si el propio Erebus estuviera observando cada movimiento.

Ada se excusó y tocó ligeramente el brazo de Vergil.

"Voy al baño. No causes ningún problema mientras yo no esté," dijo, en un tono entre una advertencia y una solicitud.

Vergil levantó una ceja, fingiendo inocencia.

"¿Yo? Nunca."

Ella resopló, ya alejándose, y él observó el balanceo de su vestido hasta que desapareció entre las columnas del pasillo. Luego suspiró y dirigió su mirada hacia la escalera dorada que conducía al segundo piso.

El segundo nivel de Erebus era diferente. Mientras el piso inferior vibraba de energía y murmullos, aquí reinaba el pesado silencio de quienes podían destruir mundos con sólo una palabra. El aire era más denso, el suelo de mármol reflejaba las luces azuladas del salón de abajo y el sonido distante de las trompetas se amortiguaba - como si incluso el infierno mismo respetara ese suelo.

La mayoría de los dioses observaban desde arriba, hablando en pequeños grupos, intercambiando miradas y juicios silenciosos. Pero uno de ellos estaba apartado del resto, apoyado en el balcón, observando el salón desde arriba con un aire de absoluto aburrimiento.

Vergil la notó inmediatamente. La postura era demasiado informal, la mirada demasiado distante. La armadura dorada cubierta por un manto oscuro



ocultaba casi todo, pero el porte... y la forma en que el cuerpo se mantenía equilibrado sin esfuerzo... la delataban.

Desde lejos se parecía a Odín. La capa, el casco, la lanza apoyada en la barandilla. Pero Virgilio conocía ese tipo de disfraz— y, sobre todo, esa energía.

Se acercó lentamente y sus botas resonaron suavemente contra el mármol. La "figura" no se dio la vuelta.

"Hermosa vista," comentó Virgilio, deteniéndose a su lado. "Pero un poco morboso para alguien que se hace pasar por el Rey del Olimpo."

La figura suspiró. La voz era baja, ligeramente ronca.

"Siempre has sido terrible con las sutilezas, Virgilio."

Virgilio se rió. "Ah, entonces tenía razón." Se apoyó en el balcón, con los hombros relajados y miró hacia un lado, mientras su sonrisa crecía. "Cuando dije que nos volveríamos a ver, no se suponía que fuera tan pronto, ¿sabes? Brynhildr."

Ella giró lentamente la cara y el disfraz se disolvió como humo. Las runas doradas alrededor de su cuerpo brillaron antes de desvanecerse, revelando su verdadera forma.

Brynhildr suspiró y cruzó los brazos.

"Tienes el peor momento del mundo."



"Y la mejor nariz," respondió Virgilio. "Odín nunca usaría un disfraz tan mal hecho."

"No tuve mucho tiempo para perfeccionarlo", replicó, sin emoción. "Y, honestamente, aquí nadie es lo suficientemente inteligente como para darse cuenta."

Vergil levantó una ceja. "Excepto yo. Y los dioses, creo que todos ya saben que no eres Odín. De todos modos, es bueno verte de nuevo."

"Felicitaciones, eres el primer mortal en ver a través de mi disfraz." Ella lo miró de lado, con los ojos brillando bajo la luz azul. "¿Por qué siento que esto no es una coincidencia?" "No lo sé, simplemente lo deduje. Después de todo, que un dios no tenga aura alguna es bastante extraño, ¿verdad?" Dio una ligera sonrisa, mirando hacia el pasillo de abajo. "Y porque normalmente, cuando conozco a una mujer interesante, pienso bastante en ella."

Brynhildr miró hacia otro lado y sus labios se curvaron formando una sonrisa casi imperceptible.

"¿Me estás cortejando, Rey Demonio?"

"No sé, ¿quieres que te cortejen?"